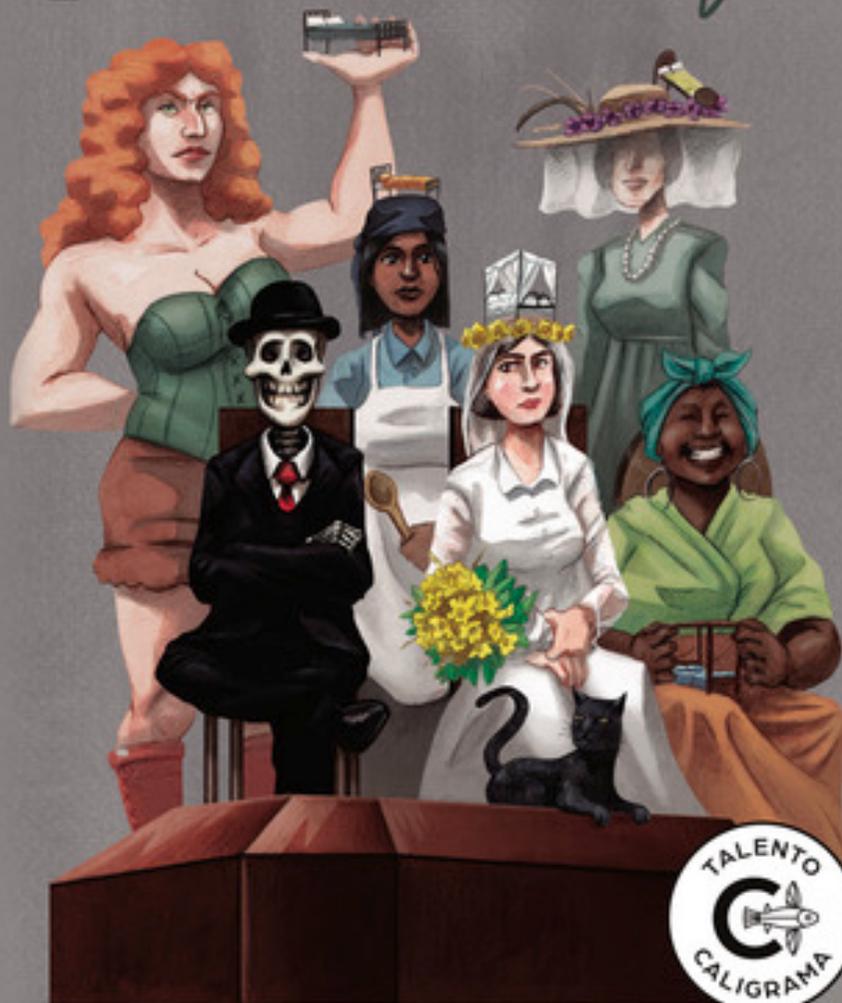


# Cinco camas para un *muerto*



GLADYS RUIZ DE AZÚA ARACAMA



---

---

«Fácil es la bajada a los infiernos; las puertas  
de Dite están de par en par abiertas noche y día.  
Pero dar un paso atrás y volver a ver el cielo;  
¡eso sí que es tarea y empeño difícil!».

VIRGILIO

---

---

## **Viernes: Tula Casilda Vergara**

Morí en viernes. Aún lo recuerdo... La muerte me sorprendió en la cama chillando como un cerdo y empalado a mi mujer, justo cuando intentaba demostrarle una vez más que el desprecio y el amor son oficios que solo se perfeccionan cuando se ejercitan juntos. En ese momento, caía sobre mi cabeza la implacable mirada del Cristo de alpaca que Tula Casilda Vergara colgó la misma noche de nuestra boda sobre la cabecera de la cama, lugar donde había permanecido clavado durante cincuenta larguísimos años para dar fe de que la Vergara y yo seguíamos destrozándonos el uno al otro con el mismo celo y la misma saña que la primera vez. Aún lo recuerdo. Todavía siento en la cara la brisa perfumada y fresca que entraba por la ventana aquella noche y que batía los visillos de encaje que dejé a medio cerrar antes de acostarme. Sé que por algún tiempo permanecí atrapado en el hipnótico vaivén de la cortina y que hasta llegué a preguntarme si sería la brisa la que golpeaba la tela para poder colarse en la habitación o si era la cortina la que se oponía a la intromisión del aire defendiendo a manotadas la intimidad del dormitorio, como si de un instante a otro los seres inanimados hubiesen adquirido pensamiento y voluntad, o como si fuera yo el que de súbito me abría a otra

---

nueva forma de mirar que me permitía «**ver**» el lado humano de las cosas, mientras, a mis espaldas, la Parca le daba vueltas y más vueltas al bombo de las bolas negras.

La única luz de la estancia provenía del altar de los santos y las velas encendidas recreaban el mundo semiapagado, semien-cendido de la semipenumbra. El baile de sus candelas producía en el mar del aire un manso oleaje de luces y sombras donde nos ahogábamos todos: los santos blancos revueltos con las vírgenes negras, los rostros de los familiares muertos momificados en los retratos de la pared, los seres churriguerescos que se retorcían tallados en las columnas del baldaquino, el Cristo vigilante, la vieja Vergara desprendiéndose de las mil sayas, volantes y miriñaques que le otorgaban potestad y gobierno a los ojos del mundo. Y me ahogaba yo, desnudo, tendido en la cama, contemplándola desprenderse de sus falsos hábitos de copetín, ansioso de que recuperara su auténtica naturaleza subterránea y rastrera para atravesarla, destrozarla, destruirla. En el último rincón, vi la triste figura del «galán de noche», la percha de pie donde Tula Casilda me exigía que colgara la ropa al desvestirme, y donde en esa mala hora pendía mi arrugado traje de los viernes como un espantajo de brazos caídos, hueco por dentro, vacío de mí: todo un símbolo y a la vez premonición de lo que me sucedería poco después. Así recuerdo la antesala de mi primera muerte, como si nunca hubiese dejado de suceder.

Por muy larga que pueda llegar a ser la eternidad, no me alcanzarán todos sus tiempos para olvidar ese momento. Antes de desplomarme sin vida como un fardo mal cosido, sentí la descarga incontenible de mi cuerpo reventando la carne seca de Tula Casilda, ensordecido por los gritos que me rompían la garganta; maldiciones que, en realidad, no representaban la súplica reivindicatoria de quien lucha por la última bocanada de su aire, sino la prueba más fehaciente de que había alcanzado uno de mis típicos

---

orgasmos: a cual más formidable, a cual más sacrílego, a cual más apocalíptico. Nada que pudiera asombrarme, pues estaba más que habituado a esos alaridos inconscientes donde se entremezclaban y confundían brutal y espontáneamente el éxtasis con el dolor del éxtasis. Al alcanzar el límite de la resistencia, a un paso del desahogo final, todas las cuerdas de mi cuerpo se tensaban y crujían como amarres de tortura hasta que estallaban las trompetas, se desgarraban las cítaras y se desplomaban entre convulsiones mis propios muros de Jericó reventando en un chorro de astillas, cristales de riñón, marea incontenible. En ello, llegaba el alivio del placer; y después el deseo de ningún otro deseo; tal como lo sentí cuando mi alma se descarnó de ese cuerpo que durante casi setenta años la llenó de pasiones, memoria y vísceras. Fue entonces cuando me vi derrumbarme sin vida y con los ojos abiertos sobre los ojos abiertos de Tula Casilda Vergara: acabábamos de graduarnos con honores en el trágico dominio de las pasiones contrapuestas.

Aún llevo encima el olor que manaba de su cuerpo: una mezcla de vejez, semen y alivio.

Fue un encuentro de conciencias; lo último que Tula y yo nos dijimos cara a cara en este mundo sin pronunciar una palabra: ella me demostró el más profundo y despiadado de los hastíos, y yo me despedí de ella confesándole, de alguna cierta o incierta manera, que hubiese dado diez años de mi vida por no morir entre sus piernas, ensartado en la única mujer que no merecía la gloria de mi última gran batalla. Si la vida puede ser injusta, la muerte, cuando quiere serlo, lo es por partida doble. «¿Por qué carajo tuve que palmarla en viernes?», me pregunté, maldiciendo mi suerte, imaginando lo distinto que podría haber sido todo si la Parca hubiera perdido el tren, si se hubiese entretenido por el camino, seducida por tantas y tantas tentaciones, moribundos a tutiplén, algún que otro suicida prometedor, el repentino re-

---

ventón de una hemorragia interna, un parto mal administrado, la navaja que de buenas a primeras improvisara en la vereda un certero degollamiento, cosas por el estilo; circunstancias que obligarían a la huesuda a reacomodar su lista y darme hora para cualquier otro día de la semana. ¿Por qué no morí en lunes, por ejemplo, mientras me revolcaba en la cama con Berenice la Blanca y todos sus afeminados?, ¿o en martes, explotando con los corsés y el opio de Dionisia Montaña?, ¿o en miércoles, empachado de los pelos de santo de la india Adelaida? Y quien dice en miércoles dice en jueves, gozando del placer a dos bandas junto a mi negra bella, mi negra Severa.

Conforme me debatía en estas divagaciones, Tula había permanecido en silencio y sin moverse bajo mi peso muerto como esperando que volviera de mi trance. Habituada como estaba a mis grotescas y altisonantes caídas de telón, no es de extrañar que le costara percatarse de lo que realmente acababa de ocurrir. Cuando cayó en cuenta de que nadie puede aguantar tanto la respiración ni siquiera por pura y estricta venganza, Tula Casilda enfocó la mirada en un punto irrecuperable y permaneció inmóvil durante un buen tiempo —no me pregunten cuánto porque aquí donde me encuentro los relojes son meros objetos de decoración—. Luego de esa pausa imprecisa, la mujer con la que me casé en la catedral un viernes de secano tardío descubrió, al fin, que Sixto Calixto Ortega acababa de ser historia. Contra todo pronóstico, reaccionó sin gritos ni aspavientos. ¡Qué decepción!, me la esperaba un tanto más teatrera —camisón rasgado entre lamentos, pechos con señales de duelo, mechones de canas entre los dedos, alaridos que alcanzarían los aposentos de la servidumbre, ojos de loca—, representando una farsa de pantomima seguramente bordada de antemano en múltiples, gozosos e imaginativos ensayos. Con esa flojera de animal sin pulgas, intentó deslizarse por debajo de mi cadáver con un remolcado zigzagueo,

---

como si quisiera desprenderse de un contacto repulsivo y la náusea le dificultara los movimientos. Si hay rostros que son un poema, el de Tula Casilda traía recién esculpido lo que sin duda hubiese deseado escribir en el epitafio de mi tumba.

La Vergara terminó de zafarse de mi cadáver con una parsimonia que me sorprendió, pues no era ella mujer de calmas, sino de una constante y curvilínea actividad de roedor, por lo que casi me divirtió verla en ese inesperado e inusual *savoir faire* tan displicente. Se veía que no tenía prisa; que disfrutaba del momento. Con un pie ya en el suelo, medio sentada al borde de la cama, terminó de zafarse de mi cadáver liberando de un tirón la pierna que continuaba enganchada bajo mi cadera. Con el impulso se derrumbó en el suelo, arrastrando con ella el consuelo y el cansancio de quien cumple al fin un anhelo muy viejo. Allí permaneció exhausta, despatarrada, respirando a tragos, pero con la mueca de quien acaba de desprenderse de una tonelada de rigor. No sería de los kilos de mi viejo cuerpo, apenas ya hueso y pellejo, bocabajo sobre la cama como un pollo desplumado y tísico con los cañones del culo al aire.

La única heredera de los Vergara Toulouús no se liberaba de un peso, sino de una condena. Mi destino no parecía tan halagüeño y mi postura no me dejaba de herencia ni una pizca de dignidad: todo al aire, patiabierta; los cojones aplastados; el otro, flácido, asomando la nariz entre los muslos; derrochando el triste espectáculo del doble plato peludo de las nalgas, levemente entreabiertas para más inri, como si no tuviéramos ya suficiente vaina que aplaudir; la cabeza, como de ahorcado, ladeada y contraída en un ángulo forzado, con los párpados tironeados hacia lo alto, obligados a obligar a los ojos a mirar lo que ya no podían ver; mi boca no era una boca entreabierta, sino un alarido que lanzó fuera de su lugar a la lengua, excesivamente colgante y gorda, mortificada y sucia. Un chorrillo de babas le ponía la guinda al

---

pastel. Al verme a mí mismo en aquella denigrante y penosa posición, pensé que la muerte haría bien en regirse por algún tipo de canon de carácter ontológico: «Yo, Muerte, juro matar con el menor daño posible». Pero quién era yo para imponer dogmas. Lo que quedaba de Sixto Calixto Escudero me producía un sentimiento de profunda y auténtica compasión, como si se tratara de otro y no de mi propia persona contemplado con los ojos de mi alma recién desprendida y desde el ángulo inexplicable de lo no medible, desde la misma perspectiva desde la cual descubría con otra mirada la patética decadencia de mi mujer de los viernes. ¿Cuánto tiempo hacía que no veía tan expuesta a la mujer que juró ante el altar odiarme para siempre? Serían muchos, porque casi no pude compaginar aquel rostro —al que me había acostumbrado a ver envejecer con indiferencia en la medida gradual e imperceptible del día a día— con el resto de su cuerpo, al que solo recurría de viernes a viernes para someterlo, a media oscuridad, entre puntillas y frunces, con un único objetivo en la mira. ¡Ay, Tula Casilda Vergara! ¿Qué habías hecho para que el tiempo te tratara así? O debía decir mejor: ¿qué hice yo contigo?, ¿qué nos hicimos, Tula?

Su pose tampoco le otorgaba un ápice de dignidad. Con las piernas abiertas, levemente acuclillada, doblada con dificultad, se limpiaba los restos de semen que atrapados en un laberinto de flacidez intentaban descender sin demasiado acierto por los muslos. Lo hacía sin urgencia. Sin embargo, esta modorra también tenía los minutos contados, porque, de pronto, Tula recuperó la actitud resoluta y clara de su carácter natural y, de un capotazo, la Vergara más Vergara de todas las Vergara dejó de restregarse y se libró del camisón sucio lanzándolo al graderío colmado de vítores y pañuelos que exigían mi rabo y mis dos orejas. Luego me cubrió con la sábana y se encaminó hacia su secreter. Desgreñada y en pelotas, ya sin ningún gesto que de-

---

notara vacilación, como si la guiara una decisión ya tomada de antemano, o quizás, más bien, como si de súbito le hubiese asaltado una ocurrencia peregrina tan genial y trascendente que no podía permitirse el lujo de olvidarla, tomó asiento frente al escritorio, abrió la segunda gaveta de la derecha, sacó uno de esos pliegos azulosos que utilizaba para las cartas de cortesía, lo plegó dos veces, una a lo largo y otra a lo ancho, remarcando el doblez con la uña, y después lo rasgó por los pliegues con sumo cuidado para obtener cuatro rectángulos idénticos. ¿Cuatro?, ¿por qué exactamente cuatro? Y se sentó a escribir.

Fue en ese instante —ella ya había mojado la plumilla en el tintero y se inclinaba sobre la cubierta de cuero para comenzar con la escritura— cuando una minúscula gota de tinta saltó de la plumilla hasta uno de sus pechos desnudos, que reposaban sobre el borde del escritorio como hubiesen reposado en iguales condiciones dos masas de pan hinchadas por la levadura. Allí quedó la gota de tinta, confusa y perdida sobre el pan de venas azules del seno izquierdo. Yo ya me había desprendido totalmente de mis restos mortales y mi alma flotaba conmigo en lo alto de la habitación sobrevolando la escena, asombrados ambos en uno de nuestra recién adquirida perspectiva de *voyeurs* traviesos. Entonces tuve la tentación de alargar la mano y tocar con la punta de mi índice la gota de tinta que temblaba en la masa blanca del pecho de Tula, pero ni siquiera alcancé a intentarlo porque fue el índice de la minúscula gota de tinta negra la que alargó su punta de masa blanca hacia mí y me atrajo a los pechos de Tula Casilda, que se expandían hacia el fondo del tintero para amamantarse de mi levadura. Es decir, que en ese instante todo y cada cual —índice, gota, tinta, pecho, levadura, tintero, incluyéndome— existimos en un mismo ápice de ubicuidad, en idéntica milésima de infinitud, en sincronizada momentaneidad eterna: materia, tiempo, perspectiva y espacio en una sola conciencia. Fue ahí cuando de-

---

finitivamente tuve conocimiento pleno de que había muerto y de que era viernes.

«¡Maldita sea! ¿Por qué juraste ese día, Tula Casilda?».

Entonces, cuando ya comenzaba a familiarizarme con mi nueva forma de estar, ligero y flotante como una delgadísima espiral de humo que se expande sin desaparecer, entonces me sentí como aspirado, absorbido, tragado dulcemente por una boca luminosa de sábanas de seda, sinuosa y excitante; no había en esa boca ni violencia ni opresión, sino un entendimiento de acople y disfrute perfectos, suave, adormecedor, donde hubiese querido quedarme para siempre; pero luego todo se abrió a un vacío que digo yo que sería el vacío de la nada, porque nada había que sentir, ansiar, recordar o imaginar en ese lugar carente de todo lo que no fuera la nada misma; allí me contuve, como en un consciente sueño sin sueños, hasta que me fui descolgando primero lentamente y después con mayor urgencia, como un «algo» que recuperara su peso para poder caer de manera conveniente y provechosa, en perfecto equilibrio, en un lugar y un tiempo que reconocí al instante:

Estaba en la esquina El Conde, admirando al trasluz la escultura de la Fe en el pináculo de la catedral, sosteniendo en las manos un tarro de porcelana. Noté en la cara el aroma dulce del papelón caliente escapando de una hilera de ventanas y, bajando por mi cuello, la misma gota de sudor que cincuenta años atrás no pude limpiar con mi pañuelo porque Tula Casilda Vergara apareció de repente, cayó sobre mí y me descalabró la vida.

¡Volvía a estar vivo!, ¡volvía a respirar la vida del aire! El aire volvía a respirar en mí y ambos nos regocijábamos de nuestro encuentro. Mis ojos recuperaban la impresión palpable de los contornos con todas sus imprecisiones, humedades y atrevimientos; volvían a la memoria el ají y el ron, la brizna de tabaco pegada a la lengua, un pezón en contraluz a la hora del ángelus, la Babilonia de las Niñas de Mamaserá; regresaban las palabras que me

---

inventariaban nuevamente el mundo con sus precisas etiquetas escritas a mano en una caligrafía infantil: mesa, silla, puerta, sol. Y ahí estaba el olor a mujer. Mis pies se sustentaban otra vez sobre un suelo que atraía mi peso joven, deseable, tan cómodo como un buen traje hecho a la medida; desde la maravillosa, eufórica, frágil y recuperada perspectiva de la carne con todos sus sentidos, hambrientos de todo. ¡Había reencarnado en mí mismo cincuenta años atrás! ¿Cómo era posible?, ¿no es que acababa de morir en los brazos de la Vergara? Pero ¡yo estaba vivo! ¡Yo sabía que estaba vivo! ¡Me sentía vivo! Tocaba mi carne y —¡lo juro!— era carne. Podría certificar bajo juramento que mis piernas eran mis piernas, que el bulto generoso y caliente que se encabritaba entre las ingles me pertenecía por mandatos divino y humano; la tierra era tierra bajo mis pies y a ella regresaba antes de ser polvo; sentía como aire lo que entraba y salía de mi pecho por necesidad propia y orden natural; los latidos de mi corazón eran la prueba más irrefutable de mi defensa, la que echaría por tierra los alegatos de cualquier fiscal; mi mente discurría ansiosa y ágil, sin tartamudear, arrollada por las ideas que rompían los cercos para salir en desbandada, libres y ansiosas por hacerse mundo, palabras, maldiciones, y en un aquí y un ahora indiscutibles, ¡en la hora y el lugar exactos en que conocí a Tula Casilda Vergara! No podía creerlo. De golpe, recordé que justo cuando me derrumbaba sin vida sobre los ojos abiertos de mi mujer, maldije a la muerte por haberme sorprendido en aquella hora tan equivocada y que me habría arriesgado a jugármelas todas en el peor de los negocios por no acabar en viernes y en sus brazos. ¿Sería posible que mi último deseo se hubiese cumplido? En ese punto, me invadió tal impaciencia, tal curiosidad, tal ansia de volver a recuperar lo que ya se hacía cuerpo y exigencia animal que anhelé con todas mis fuerzas que el tiempo me desgastara nuevamente con todas sus consecuencias, que lo que más de carne y pecado había en mí volviera a re-

---

volcarse entre sábanas y cuerpos de mujer. Con solo pensarlo... Pero luego me invadieron las dudas. Y el miedo se hizo carne y habitó en mí. Recién reencarnado conmigo. Vivo y tozudo. ¿Se repetiría mi vida de igual manera, calcada al carbón, o sería distinta?, ¿en los brazos de quién moriría la próxima vez?, ¿en cuál de mis otras cuatro camas tendría la fortuna de hincar el pico y de qué manera? Fuera lo que fuera, súbitamente, inexplicablemente, me encontré de nuevo con un tarro de sangre de drago en las manos, chocando con Tula Casilda Vergara. Todo empezaba a ocurrir palabra por palabra. Volví a escribir en primera persona el capítulo de mi vida que ya tenía título. Solo me faltaba saber cómo me las arreglaría para cambiar el final.

¿La muerte consistía justamente en eso, en poder empezar desde un determinado punto de inflexión para desviar el destino hacia el cumplimiento de nuestro último deseo?, ¿de allí venía ese recurrido impulso de arrepentirnos de las faltas cometidas cuando vemos cercano nuestro fin?, ¿de ahí ese afán de recriminarnos por lo que nunca hicimos: reproche que nos llevamos al más allá como una tarea incumplida, como un dolor sin cura, como un hambre que nunca se sació, como un sueño irrealizable?, ¿eso era el morir, contar con una nueva oportunidad?

Nos conocimos un viernes de planetas revueltos. Esa misma mañana, Tula Casilda Vergara Toulouís descubrió que su amante más secreto acababa de abandonarla para huir con una señoritina de la corte europea. De acuerdo con la carta que el muy «degenerado» le dejó bajo la almohada, para esas horas ya estaría en el puerto de La Guaira a punto de embarcarse rumbo a Viena, donde pensaba desposarse con la pálida condesa que conoció en un retiro de ejercicios espirituales y que, de acuerdo con lo que le mencionaba en la carta, leía a la perfección las Sagradas Escrituras en alemán, francés y latín. Despechada y fúrica, sin

---

poder entender que alguien se hubiese atrevido a dejarla con los crespos hechos, destrozando cuanto se encontraba por delante, Tula Casilda rompió a patadas el portillo de la casa y salió a la calle jurando que se casaría con el primer soplapollas zurrapien-to que se le cruzara por delante o se metería a puta. Justo en ese momento, yo, este humilde repartidor de droguería, pasaba por delante de la puerta de los Vergara Toulouís llevando en las manos un tarro con sangre de drago que debía entregar a dos cruces de esquina. Lo último que recuerdo fue que miraba hacia la torre de la catedral cuando un tren de telas y carne a vapor me llevó por delante, se abalanzó sobre mí y descarriló conmigo en la cuneta recién lavada con agua y querosén. El encontronazo entre Tula y yo fue de tal violencia que el tarro de loza saltó por los aires, cayó en picado y estalló en el empedrado. Caímos juntos, de bruces: ella de cara contra el suelo y yo encima de ella, en la indigna postura de una precipitada jodienda de conejos. Caímos sobre el charco de sangre de drago, convencidos de que el destino acababa de acuchillarnos. Cuando quise reaccionar, no pude. Tampoco pude respirar. Ella giró el cuerpo hacia mí abruptamente, y en un segundo mi cara se encontró de golpe hundida en los pechos más célebres de toda nuestra historia republicana desde el declive de La Compañía Guipuzcoana, cuando su abuela, la primera de las Vergara que llegó a estas tierras indianas, se enredó las sayas al desembarcar, rodó por la escalerilla del barco, se enganchó el vestido en un garfio de estibador y el resolazo del puerto de La Guaira a las dos de la tarde inmortalizó el derrape de sus pechos blancos, blanquísimos, fuera del corsé, desparramándose desnudos sobre un costal abierto de cacao tostado. Ahí comenzó la leyenda de las tetas de las Vergara.

Unos segundos antes de que Tula me arrollase, escuché de nuevo aquel juramento que me tendió la cama para siempre:

---

—¡Juro por Dios, como me llamo Tula Casilda Vergara Toulouús, que me casaré con el primer pelagatos que me cruce por la calle o me meto a puta!

Todo volvía a repetirse. Volvía a vivirlo todo como si fuera la primera vez. Sentí de nuevo encima el peso húmedo y firme de Tula Casilda, desbordándose por el ribete del escote como un deslave incontenible sobre este escuálido repartidor de fármacos que cerró los ojos y pidió ser arrasado sin piedad. Tenía que haber interpretado que aquel choque fortuito con los pechos más cuestionados del más cuestionable de los países era el anuncio de un presagio adverso, pero me dejé llevar por las mieles de la gloria sin saber que los actos de arrogancia que no se enmiendan a su hora suelen acarrear infiernos anticipados. Puedo dar fe de ello.

Nos casamos en cuanto se aireó el ajuar, una vez cumplido el tiempo de las amonestaciones y cuando la casa de la novia fue reconstruida por la misma cuadrilla de chapuceros que casi estuvo a punto de convertirla en un solar de escombros unos pocos meses antes. Ni en sueños podía yo imaginarme que algún día el destino me sirviera en bandeja de plata los pechos que para los días de nuestro patético encontronazo andaban de boca en boca y de mano en mano. Y todo a cuenta de una serie de acontecimientos que iré desplumando, y tan insólitos que, si no fuera yo voz y parte del tejemaneje, juraría que estaban inspirados por el delirio de un fantasioso escritor. ¿O escritora?

Pero de qué me sorprendía. Me olvidé de que vivía en Venezuela, que vivía no en un país, sino en una anécdota, en un espacio terrenal donde a diario la ignorancia, la superchería, la barbarie y lo ilógico parían sus engendros; me olvidé de que vivía en un paréntesis histórico donde los que hoy voceaban «¡centralismo!» mañana pedían «¡federación!», donde las montoneras que arrasaban con la Patria seguían ciegamente un día a un caudillo, un día al otro, a cuál más ávido de poder, para obtener a la brava

---

lo que les prometió Bolívar en la Independencia, gritando por un lado «¡igualdad!» y por el otro «¡fuego!». En resumen, una tierra incendiada a rodajas donde hasta las cucarachas volaban y lo fantástico le ponía el punto al café. En consecuencia, no era extraño que cada mañana la capital amaneciera estremecida por el eco de noticias que pregonaban milagros, cambios de gobierno, desenlaces sangrientos, escándalos retorcidos y rocambolescos que duraban lo que tardaban en irrumpir los nuevos titulares. De tanto asombrarnos, a los huéspedes de este sueño de nación se nos encalleció el asombro o se nos volvió poroso como la piedra del tinajero, porque lo real y lo fantástico nos atravesaban a la vez dejándonos la impresión de vivir en un lugar de novela. Para bien o para mal, el acontecimiento de nuestra boda en la catedral y el escándalo de nuestra unión duraron lo que un suspiro, rebajados a crónica de ayer por el encabezado a siete columnas del sustancioso degollamiento de la prostituta Titina Tresabores y el suicidio de su amante, el licenciado Benavides Torronsoro, cuyo drama opacó a más no poder el reportaje social a página completa que había dedicado a nuestro enlace la sección más chic del periódico *El Constitucional*.

Aunque la historia de Titina y Benavides no parezca tener más relación con nuestro tema que la de la mera circunstancia de compartir el mismo ejemplar de *El Constitucional*, llegada su hora, encajará «en mi mano de cinco dedos» como un guante hecho por encargo.

Idígoras Benavides Torronsoro era funcionario de la Tesorería y parrandero habitual de los botiquines de Puente Hierro. Todo el mundo lo conocía como el mejor contador de chistes, por lo que era raro no verlo en meriendas y saraos animando la jarana. El susodicho no pudo escoger lugar más adecuado para desce-rrajarse un tiro que la tumba aún fresca de Titina Tresabores, su amante de calderilla, amanecida dos días antes en una arbolada

---

del río Guaire con el cuello abierto a cuchillo, pero sin una gota de sangre y con los pies en el agua —misterio de los misterios—. El periodista que redactó la nota de prensa, experto en amores contrariados y finales trágicos, remató la crónica del asesinato de la prostituta y del sucesivo suicidio de su enamorado Benavides con un toque de efecto personal que solo pudo ser escrito con tinta roja. Leo textual una parte de la citada crónica: «La sangre de Idígoras Benavides se derramó sobre la tierra aún suelta de la tumba de su amada, atravesó su aridez misericordiosa, traspasó los resquicios del burdo ataúd, llegó hasta el rostro adorado y regó sus labios marchitos con un beso de rojo eterno». La nota de la página la firmaba el reportero Renato Sanfiel —uno de los líricos compinches de mi querida Berenice la Blanca—. No es de extrañar entonces que, en comparación con este sustancioso drama pasional, nuestro casamiento perdiera brillo y jugosidad. Cuando alguien hacía referencia a nuestra boda, no faltaba otro que lo enlazara sin remisión con un «¡ah, sí, eso fue el mismo día del suicidio de Benavides Torronsoro!», lo que significaba que la conversación tomaba un giro de tirabuzón, se olvidaba de lo que debió ser el chisme del año y tomaba el derrotero de los dos amantes, el suicida y la degollada, donde al menos corría sangre contante y sonante.

Cerrado este paréntesis, vuelvo al origen de todo.

Para ser estricto, debería aclarar que, en realidad, no fue el juramento de Tula Casilda —con nuestro brutal encontronazo— lo que desencadenó los hechos que unieron nuestras vidas para siempre en una cita de relojeros —tropezón tan minucioso y puntual que me llevó a pensar en una desafortunada confabulación de los cielos—, sino otro juramento anterior, mucho más íntimo y sacrílego si cabe que el de mi bella Tulita, pronunciado por su primo Juan Crisóstomo Gerbasi unos meses antes del viernes de nuestra boda, cuando la Vergara y yo nos crucificamos

---

de mutuo acuerdo en el mismo palo con la anuencia de la Santa Madre Iglesia.

Por aquellos tiempos previos a nuestro predestinado y brutal tropezón, Juan Crisóstomo Gerbasi, el primo de Tulicasilda, vestía sotana de seminarista y estaba a un tris de ser tonsurado como sacerdote. Viendo ya cercana la renuncia definitiva a los placeres mundanos, el casi cura se juró a sí mismo que no se entregaría a los votos perpetuos de la castidad sin antes ver y palpar los celebérrimos pechos de su prima Tula Casilda. Para entonces, la que en unos meses más tarde sería mi futura esposa había desbordado los cánones de la belleza criolla y bastaba un vistazo rasante para deducir que su espléndida pechera no solo podría igualarse a la de su predecesora —la del célebre traspíe en el puerto de La Guaira—, sino que la rebasaba en arboladura, desparpajo y tonelaje. Incluso corría el insistente rumor de que su proa sirvió de modelo a la de una estatua de la Diosa de la Inmortalidad desvelada recientemente en el Cementerio General del Sur. ¿Sería verdad que los pechos de la estatua eran iguales a los de la Vergara?, ¿y qué pitos tocaba yo en este tejemaneje entre mi Tulita, su primo Juan Crisóstomo y la Diosa de la Inmortalidad? Veamos.

La mencionada estatua constituía el personaje central del monumento funerario de Marco Andrea Nonni. «¿Y quién era Marco Andrea Nonni?», me preguntarán. Era este señor un italiano avisado y lenguaraz que comenzó su exitosa carrera comercial recorriendo los pueblos andinos con su máquina de hacer fideos. El italiano, que era archiconocido por aquellos páramos de ruanas, miche y frailejones, entraba a los caseríos de Chachopo, de Timotes o Mucuchíes vociferando: «*Fideooo!, tallarine, fettuccine, vermicelliii!*», y al rato aparecían por las esquinas de bahareque los niños con las bolas de masa que el mago del *pastificio* introducía en el molinillo de su máquina prodigiosa y las convertía en el milagro que pregonaban sus gritos: fideos finos, fideos